

tuación descollante. Su vibrante fantasía y su delicioso estilo influyen, a pesar de ella, sobre el sentimiento de los lectores. Quien no sepa comprender a Virginia Woolf no podrá interpretar tampoco la literatura inglesa del momento. La influencia de esta escritora sobre Inglaterra y Estados Unidos crece de día en día.—HAROLD NICOLSON.

Traducción especial para *Atenea* por Maggie Krarup de Gómez Milla.

Democracia en acción



A dicho recientemente un célebre publicista norteamericano que la democracia es un régimen de gobierno que no alcanza más allá de donde llega la voz humana.

Con esto quiere indicar que sólo es practicable en países que, por su población limitada, pueden establecer el contacto directo entre el candidato o el Presidente y los votantes. Allí donde los votantes no tienen ocasión de formar juicio personal sobre las calidades humanas del candidato; allí donde los votantes tienen que regirse por el dictamen de grupos de políticos o por las conveniencias de los partidos, allí no hay ya propiamente democracia sino una degeneración de la democracia. Democracia pura es entonces la griega cuando Pericles hablaba al pueblo en la plaza cada vez que se ofrecía algún asunto importante. Democracia pura es la de los Estados Unidos cuando eran pequeños y antes de que se convirtieran en imperio, y democracia pura puede haber en algunos países nuestros, y también en México, dado que apenas contamos con quince millones de habitantes y las comunicaciones son de tal suerte que es fácil recorrer la nación entera en unos cuantos meses.

Aceptado tal criterio, que es el de la verdadera democracia, resulta que en Hispano-América poco se ha hecho democracia, y sólo unos cuantos candidatos a la primera magistratura se han desentendido de todos los partidos para ir directamente al pueblo a fin de conocer sus necesidades, pulsar sus opiniones y pedirle apoyo en una empresa de regeneración nacional. Y resulta también que este procedimiento de consultar la opinión pública y ganarla, es más democrático, más puramente democrático que el otro procedimiento, el de los convenios entre políticos que a la sombra del despacho semiburocrático, acuerdan quién ha de ser el candidato para lanzarlo después al pue-

blo en una imposición que no por no estar apoyada en la fuerza deja de ser una imposición del criterio de los menos, y no de unos menos que constituyan minoría ilustrada, aristocracia del talento o de la virtud, sino generalmente de unos menos que constituyen minoría, la cual no quiere vivir de su trabajo y ha hecho profesión de la política.

El contacto directo de candidato y pueblo y la elección directa del pueblo, son esenciales para que haya democracia; el procedimiento de convención electoral para escoger candidato es también necesario cuando hay varios candidatos, pero la convención es asunto de partido y no asunto nacional. Cuando un partido tiene varios candidatos rivales, sólo la convención puede decidir entre ellos; pero cuando un pueblo tiene ya candidato, entonces la Convención se vuelve mera fórmula que ratifica el sentir nacional. Y resulta, como es natural, que los candidatos de Convención son candidatos débiles, porque, si ni dentro de su propio partido pudieron dominar, mucho menos podrán imponer su escaso prestigio a toda la nación. En cambio, los candidatos por designación popular, los candidatos de plebiscito traen una fuerza avasalladora que hace a un lado, por inútil, toda la maquinaria y todos los convenios y argucias y pequeñeces de los políticos. Y la única manera en que la oposición puede ganar, es mediante uno de estos movimientos plebiscitarios, tal como en México, por ejemplo, realizó Madero derrocando una tiranía (la del general Porfirio Díaz) que se había sostenido durante treinta años. De otra manera, en una lucha de medianías que surgen de los grupos políticos, es natural que triunfe entre todas ellas, no las medianías de la oposición, sino las medianías gubernativas que siquiera tienen en su favor la maquinaria administrativa. La oposición, en cambio, no puede prescindir de la fuerza de las personalidades un poco excepcionales o extraordinarias, y cuando prescinde de ellas, va a una derrota sin gloria.

En el fondo los pueblos siempre tienen razón; los pueblos prefieren el plebiscito con sus claridades y sus riesgos a la Convención con sus tenebrosidades y sus sorpresas. Los pueblos quieren ser ellos mismos los que descubren y los que eligen; por eso se explica el éxito resonante de los que confían en el pueblo más que en los compadrazgos de la política. Quien se apoya en el pueblo va contrayendo una serie de deudas pequeñas con todo el mundo; pero estas deudas son incobrables y se pagan sólo con que el candidato cumpla las promesas contraídas en su programa. Las deudas que contraen, en cambio, los candidatos que surgen de grupos y partidillos políticos, son

deudas gruesas que se pagan en efectivo o con servicios personales en favor de los mismos grupos o camarillas; por eso el pueblo sabe que es más seguro apoyar a quien no tiene pactos ni compromisos con los políticos.

Esto no quiere decir que en el candidato electo en esta forma vaya a hacer su voluntad; todo lo contrario, irá a cumplir ciertamente la voluntad directa del pueblo tal como está contenida en su programa, sin componendas con los profesionales de la política. Tampoco quiere decir esto que no haya o que no deba haber una Convención que imponga al candidato los compromisos de cada situación; pero la ventaja de esa convención popular y nacional, es que ya no podrían manejarla los profesionales; sino que sólo podría servir para hacer más firme y definitiva la selección popular.

En algunos países de Hispano-América no ha habido partidos porque la violencia (como en México, pongo por caso) los ha deshecho cada vez que aparecen, pero a la vez un partido no se improvisa con cien políticos que desean conservar el «hueso»; por eso no hemos tenido más que dictaduras y uno que otro plebiscito democrático.

La democracia no sólo ha de ser defendida contra los dictadores que hacen cabeza; también de las pequeñas cabezas que quieren remplazar al pueblo en sus juicios. Sacudida por una u otra causa la tiranía del dictador, es preciso evitar que ahora y siempre, el pueblo caiga en la pequeña dictadura de los huérfanos y desamparados de la dictadura. Más peligroso que la misma dictadura es el cacicazgo de los políticos profesionales que viven de una región y en vez de agradecerle a esa región que les paga el sustento, todavía pretenden usurparle sus opiniones y sueñan a menudo con imponerle sus candidatos.

En estas condiciones, la única manera eficaz de hacer limpia general, es el plebiscito por el cual el pueblo reanuda su soberanía y ejerce el sufragio sin intermediarios. Ya sé que van a alegar los falsos puritanos que el plebiscito acarrea peligros semejantes a los del caudillaje. Hay que contestarles diciendo, primero, que son falsos puritanos, porque suelen estar atentos a la letra de un principio, pero no les importa ningún principio cuando se deciden a transigir con situaciones creadas por la fuerza y sostenidas por la apatía nacional. En segundo lugar, hay que distinguir entre un plebiscito hecho desde el poder y un plebiscito provocado desde la oposición. Cuando los tiranos tratan de justificar de algún modo su posición ilegal, provocan esos falsos plebiscitos en que se hace firmar a los empleados públicos y aún a los niños de las escuelas para proclamar la necesidad de que perdure el régimen tiránico.

Se pueden comparar estos plebiscitos a los que hacían los emperadores romanos para dar barniz de legalidad a un poderío conquistado en los campos de batalla. Pero el otro plebiscito, el que provoca el reformador, sin más armas que su palabra y el prestigio de su ejemplo y de sus antecedentes, es una forma de purificación que puede ser comparada a los plebiscitos que dieron el poder a Pericles. A esta clase de plebiscitos se deben los mejores días de la Humanidad en todas las épocas de la historia. En ellos sólo triunfan los mejor capacitados de una nación. Y como esta clase de plebiscitos está fuera del alcance de la mediocridad, la mediocridad los detesta y se empeña en confundirlos con los falsos plebiscitos. Y se ha visto el caso de que quien lo provoca es tildado de indisciplinado. Indisciplinado porque busca sin duda la opinión del pueblo en vez de someterse en oscuras componendas a las opiniones de los profesionales de la cosa pública.

Pero una cosa puede afirmarse sin ningún género de dudas, y es que resulta mucho más democrático, en nuestra opinión, dirigirse al pueblo y consultar al pueblo y pactar con el pueblo, que entenderse solamente con los intermediarios y pactar con los intermediarios que fabrican partidos; y como es natural, son partidos sin tradición y sin más antifaz que un programa de vaciedades y lugares comunes tomados aquí y allá, de todos los credos. Programas incoloros como quienes los fabrican y, por lo mismo, condenados de antemano al fracaso. El contacto directo entre los votantes y el candidato, esto es lo fundamental en las democracias, y en ausencia de verdaderos partidos, el sistema que mejor logra esta comunión, esta identidad de gobernantes y gobernados, es el mejor, es el más democrático.

—JOSÉ VASCONCELOS.

Exclusivo para *Atenea* en Chile.

La literatura checo-eslovaca contemporánea

LA novela checa moderna no alcanzó, puede decirse, su madurez sino durante la guerra. Lo mismo que en otras regiones del planeta, lo mismo que en todas partes de Europa, la enorme catástrofe fortificó el sentimiento colectivo de la nación en Checo-Eslovaquia.

Las tendencias realistas que caracterizaron la literatura checa de 1900 a 1918, si bien es verdad que se produjeron tardíamente, revistieron en cambio algunas ventajas. Estaban